

# SUERO DE UNA NOCHE DE VERANO

ENFERMERA SATURADA



SI ME ENAMORO  
EN EL HOSPITAL...  
¿ES UN AMOR NOSOCOMIAL?

Más de 150.000  
ejemplares vendidos

PLAZA  JANÉS

HÉCTOR CASTIÑEIRA

# SUERO DE UNA NOCHE DE VERANO

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

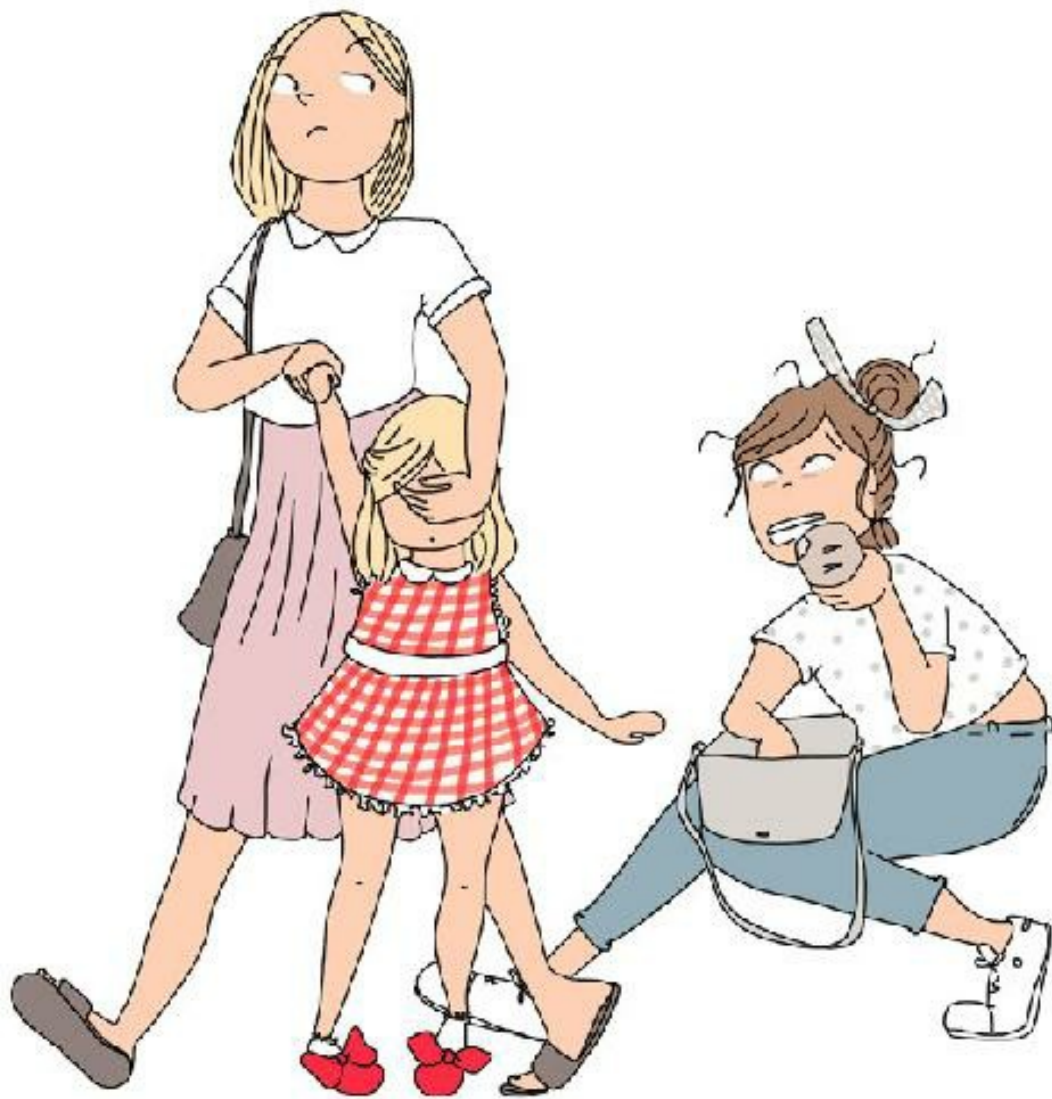
| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*A mis abuelos, por todo lo que me han aportado,  
en especial a Avelina y a «Padrino»*

La salud es algo que damos por sentado, pero pende de un hilo tan fino como el de una telaraña.

JENNIFER WORTH  
*Shadows of the Workhouse*







# PRIMER ACTO

De cuando Satu quiso empadronarse en el hospital

Aquel verano comenzó igual que todos mis veranos desde hace algo más de diez años: con una llamada de la mujer de la bolsa de empleo.

Cuando una es enfermera, los tiempos no los marcan ni las estaciones del año, ni el curso escolar, ni el calendario. Ni siquiera los cambios de armario de las youtubers de moda o las rebajas de Amancio. Cuando una es enfermera, los tiempos en tu vida los marcan la academia de oposiciones y la mujer de la bolsa, o lo que es lo mismo: los rumores de oposiciones y los contratos de vacaciones en el hospital. Y es así, con esa llamada que parece que nunca llega, cuando sabes que empieza la Navidad, Semana Santa, Carnaval y el verano. Y luego está la travesía por el desierto que supone el otoño, durante el cual compruebas cada mañana que tu teléfono móvil sigue teniendo cobertura pero que el problema no es ese, sino que en el hospital casi nadie se marcha de vacaciones.

Hacía apenas unos meses que había vuelto a Madrid tras probar suerte fugazmente como enfermera en Reino Unido, y decidí que era el momento de dejar el piso compartido en el centro y mudarme por enésima vez. Este sí parecía el apartamento perfecto, y sólo deseaba que aquella mudanza fuese la definitiva. Al menos este piso era exterior y superaba los veinticinco metros

cuadrados; tal vez pudiera borrar de mi mente esa extraña y triste experiencia de trabajar en habitaciones de hospital del mismo tamaño que mi apartamento. Pese a todas las incomodidades que pueda tener vivir en el centro de una gran ciudad, me negaba a abandonar Malasaña, el barrio que me acogió con los brazos abiertos cuando llegué a Madrid por primera vez, hace ya cuatro años, y adonde llegué con toda mi vida metida en dos maletas tan rotas que bien podrían ser una metáfora de mí misma.

Con casi veintiún años, nada más terminar la carrera de Enfermería en A Coruña, salí de casa dispuesta a comerme el mundo. Me había pasado los últimos años recorriendo la geografía española con mi título bajo el brazo, trabajando en residencias de ancianos, mutuas, centros de salud y hospitales de todo tipo. Siempre con contratos precarios y tan breves como mis amoríos, y es que no es fácil encontrar a una persona que entienda que los turnos de mañana, tarde y noche organizan nuestras vidas, incluso en Nochebuena, y sea capaz de renunciar a tanto. Si nosotras conseguimos hacerlo es gracias a nuestra, en ocasiones, maldita vocación. Estoy segura de ello.

Justo un año antes de pisar Madrid por primera vez, me había enrolado como enfermera de crucero buscando un poco de estabilidad laboral... bueno, y también porque mientras trabajaba en el Hospital de Palma de Mallorca conocí a un marinero, el oficial de Puente Jean Paul. Me dejé liar, y durante meses estuve recorriendo el Mediterráneo de punta a punta a bordo del *Costa Fascinosa*.

Como podéis imaginar, aquella relación marítima no terminó demasiado bien. Así que decidí poner tierra de por medio y echar el ancla en Madrid. Allí el barco lo tenía difícil para ir a buscarme. Sólo pensaba en empezar de cero en una ciudad nueva para mí, pero en la que nadie se siente forastero. Sin amigas, sin ataduras y casi sin dinero, pero con las mismas ganas y la misma ilusión que el día que acabé Enfermería. Todo con tal de olvidar para

siempre a Jean Paul y sus labios con sabor a sal, que a estas alturas probablemente seguirá surcando los mares con otra sirena.

Está claro que hay personas que pasan por tu vida para enseñarte todo lo que no hay que hacer, y él era una de ellas. De esos hombres que, sin que apenas te des cuenta, te sacuden entera y te mueven los cimientos, como si fuesen un terremoto, pero ahora era a mí a la que le tocaba rebuscar entre los escombros.

Pensaba que a esta edad ya no debería de doler tanto, pero me equivocaba. En los días de soledad en aquel piso compartido del centro de Madrid aprendí que hay un momento en la vida en que la felicidad se reduce a las cosas que te proporcionan paz. Me la jugué a todo o nada, y en Malasaña logré reconstruirme. El tiempo de ser la Jacques Cousteau de la enfermería hacía mucho que había tocado a su fin.

El nuevo apartamento tenía un pequeño balcón con baldosas de dos colores que hacían que el suelo pareciese un tablero de ajedrez. El cierre consistía en una barandilla de forja, de apariencia frágil, de la que colgaba un macetero cargado de buganvillas que hacía destacar el balcón entre todos los demás. Daba a una concurrida calle del barrio, y tenía el espacio justo para colocar una silla donde poder sentarme a disfrutar de un buen libro, relajarme después de los turnos, observar el ir y venir de la gente y empaparme de la vida que corre por las calles de Madrid: los lateros, las parejas, los asiáticos que venden comida en las esquinas, las prostitutas, los chaperos, las modernas, los hipsters y los pijos, los guiris y las señoras cargadas con bolsas del Primark de Gran Vía. Todo eso y mucho más era Madrid, y aquel pequeño balcón, su gran escaparate y el ojo de buey de mi camarote lejos de Jean Paul.

De los vecinos del edificio no puedo contaros demasiado, no porque en general no parezcan buena gente, son de esos que saludan si te los cruzas en

la escalera, pero es que mis horarios y los suyos no coinciden demasiado. ¡Qué queréis! Soy enfermera a turnos, a los turnos que no quiere nadie para ser más exactos, y por eso mismo llevo una vida totalmente al revés que la gente con trabajos normales.

Al poco de instalarme, me crucé en el portal con los vecinos del primer piso, un domingo a las nueve de la mañana. En el primero vive una familia de cuatro, de esas que parecen sacadas de un libro de catecismo: padre, madre, niño y niña, todos vestidos como para ir al Club de Golf sea el día de la semana que sea y la hora que sea. Justo en el momento en que ellos salían de casa, yo estaba arrodillada frente al portal con el bolso apoyado en el suelo. Yo volvía de hacer el turno de noche en el hospital y no había dormido, tenía unas ojeras que me llegaban hasta los tobillos, el pelo recogido con un trozo de venda elástica en una coleta casi deshecha, y un bollo de pan a medio comer que a duras penas sujetaba con una mano, mientras con la otra trataba de encontrar las llaves de casa, que estaban en algún lugar entre el móvil, los tíquets de la compra, el monedero, el cargador, los pañuelos de papel y el pintalabios.

—¡Buenos días! Ay, no cierren la puerta que así ya entro —dije con la mejor cara que se puede poner después de un horrible turno de noche.

—¡Niños, no miréis! —dijo ella mientras trataba de apartar la mirada a sus hijos y se marchaban resoplando calle arriba.

—Pero ¡que soy enfermera! ¡Que no vengo de fiesta! —respondí angustiada. Aunque, no nos engañemos, si el sábado por la noche no hubiese tenido turno habría salido a darlo todo como la que más. Os puedo asegurar que ni me oyeron.

Del mensajero de mi zona que me trae las compras online, para qué contaros nada. Entre que él viene cuando le da la gana y no cuando ponen en la web de seguimiento, y que por la mañana unas veces no le abro porque

estoy en el hospital y otras porque estoy tratando de recuperarme del turno de noche, con tapones en los oídos y un antifaz de unicornios que compré en Primark, ha optado unilateralmente por dejarle mis paquetes al chino del supermercado de enfrente. Qué queréis, cuando a una siempre le ponen turno los primeros días de rebajas, no le queda otra que tirar de tienda online si quiere encontrar algo que merezca la pena.

Aunque si algo iba a merecer la pena eran mis nuevas vecinas, aunque yo por aquel entonces aún no lo sabía.

Ese verano, la ruleta mágica de los contratos de la mujer de la bolsa de empleo giró y giró... y decidió que iba a pasar la época estival en la planta de Cardiología. «De algo me tiene que servir mi experiencia recomponiendo corazones rotos», pensé. Lo mejor de todo era que esta vez me había tocado un hospital muy cerca del nuevo apartamento, tanto que incluso podía ir caminando... y tanto que, según Luchi, la supervisora de la planta, iba a poder hacer turnos hasta el infinito porque «te queda al lado de casa».

Al día siguiente de la llamada de la bolsa me presenté en el hospital.

—¡Hola! Me llamo Satu, soy la enfermera que viene para cubrir las vacaciones.

—Ah, sí. Cada día las mandan más jóvenes —dijo Luchi entre dientes, y yo me alegré de que diez años después siguieran confundiéndome con una recién graduada—. Toma, rellena esta ficha con tus datos para los de recursos humanos, y luego te enseño la unidad y te presento a las compañeras antes de que vayas a por un uniforme.

—Ya está.

—Oh, pero si esta calle está aquí al lado. ¡Estupendo!

Aquella alegría desbordante no era por mi bienestar o por lo que iba a ganar en calidad de vida al ir caminando al trabajo, para nada. Era porque ese verano, además de la cantidad ingente de turnos que habitualmente nos

colocan a las sustitutas, Luchi iba a hacer sonar mi teléfono cada uno de los pocos días libres que tuve para que acudiese a reforzar la planta, aunque fuese por unas horas.

Hace años una enfermera veterana me dijo: «Sospecha siempre que veas a tu supervisora feliz, porque eso es que va a joder a alguien», y tenía razón. Creo que «Total, llegas en un momentito» fue la frase que más oí ese verano, hasta el punto de que pasé tantas horas allí metida que llegué a pensar seriamente que empadronarme en el hospital no era tan mala opción: me ahorraría el alquiler del apartamento, e incluso podría anunciarlo en Airbnb para turistas y sacarme un dinerillo; también podría pedir que me entregaran las compras online en Admisión y así dejar de discutir con el chino para que me diese mis envíos (al fin y al cabo, siempre es más fácil que me encuentren en el hospital que en casa); tendría luz, agua caliente y aire acondicionado pagados, y encima el hospital concede un día libre por mudanza. Además, contra todo pronóstico, las chicas de personal me dieron taquilla en los vestuarios, y lo que cabe en un piso de veinte metros entra allí sin problema. Creo que me faltó haber encontrado un felpudo mono para ponerlo en la puerta del vestuario y hacerlo oficial, porque la tienda de campaña Quechua 2 Seconds ya la tenía en la taquilla.







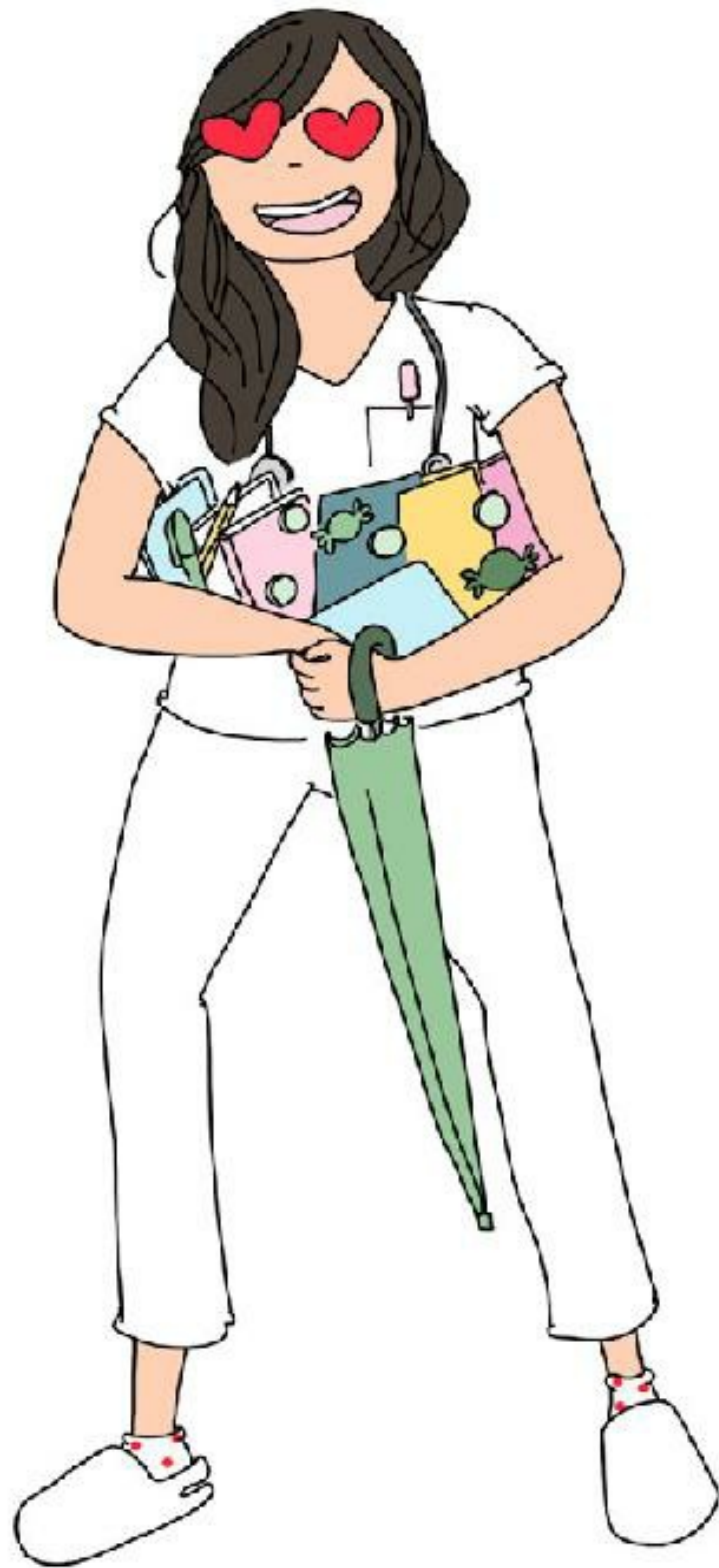
Salí del hospital y volví caminando a casa mientras miraba una y otra vez con desesperación los turnos que me había dado Luchi para ese verano. Eran casi todo tardes y noches, y sólo libraba un fin de semana, el que justamente me había pedido una de las enfermeras cuando la supervisora hacía las presentaciones oportunas.

Otro verano en el que mis amigas volverían a hacer un cartón a tamaño natural con mi foto, para poder llevarme por ahí a los festivales de verano y que yo también saliese en las fotos. Todo para que quien me sigue en Facebook crea que llevo vida de persona joven con un empleo normal, en el que te dan vacaciones y puedes disfrutar del sol y la playa. Y es que lo peor de trabajar en verano es que ves cómo todas van poniéndose morenas menos tú, que pasas de blanco a negro, pero por lo quemada que te tienen. Al menos este año me ha tocado en Cardiología, que está en la cuarta planta, y con el sol que entra por las ventanas algo de colorcito seguro que cojo... Podría haber sido peor, si la mujer de la bolsa me hubiese enviado a Farmacia, en el sótano del hospital.

Cuando trabajaba en Palma de Mallorca, al salir de los turnos de noche me iba a dormir a la playa del Arenal y así iba cogiendo color. Total, en medio de los alemanes que dormían la borrachera disimulaba bastante bien... el tono de piel blanco y las ojeras eran las mismas. Pero en Madrid la playa me quedaba un poquito más lejos. Claro que mucho peores fueron los meses que trabajé en Reino Unido, que no tomaba el sol ni por la calle de camino al hospital y estaba más blanca que el uniforme.

En fin. Siempre me quedará el consuelo de que Luchi lo hacía por mi bien, para que cobrara muchos complementos de nocturnidad y algún que otro festivo. Así me lo soltó mientras me entregaba la planilla de turnos. Si es que me ha tocado una supervisora que es todo bondad y generosidad. No sé cómo no le han puesto ya su nombre a una rotonda del hospital.





## SEGUNDO ACTO

De cuando Satu y sus compañeras  
se fueron de congreso

Hace unas semanas, poco antes del verano, la supervisora de planta interrumpió nuestros minutos de paz en el desayuno para decirnos que iba a colgar en el corcho no sé qué de un congreso de enfermería.

La verdad es que no le prestamos demasiada atención. Los quince minutos que sacamos para el momento del café no son para escuchar a la supervisora, ese es nuestro ratito, y sólo permitimos que tenga la osadía de romper nuestro descanso el timbre de una habitación. ¡Qué manía de venir a interrumpirnos! Si está Luchi presente, el momento del desayuno ya no es lo mismo porque no la podemos criticar... Bueno, quien dice criticar dice despellejar cual manada de hienas, pero oye, para eso es supervisora y lo cobra en incentivos. Estoy segura de que uno de los complementos de su nómina es ese, pero lo pondrán más bonito.

El caso es que días después, estando de turno de noche, me puse a leerlo por aquello de entretenerme un poco y no quedarme dormida en cualquier esquina. Como no podía ser de otra forma, era un congreso que se iba a celebrar en Cuenca, ciudad apasionante donde las haya. Y digo que no podía ser de otra forma porque, como ya comenté en alguna ocasión, si algo tienen en común absolutamente todos los congresos de enfermería es que se

celebran en ciudades de reconocido atractivo y que destacan por su animada vida, como Soria, Lugo, Jaén o Logroño. A diferencia de los congresos médicos, que se celebran en sitios como Shangai, Buenos Aires, Nueva York o Madrid como poco, y esos son los de las prótesis de marca blanca y medicamentos genéricos porque el margen no da para más.

El cartel del congreso era de lo más original e incluía, como no podía ser de otro modo, una foto de las Casas Colgadas de Cuenca, joya de la arquitectura gótica popular.

—¿Has visto esto, Puri? En el tablón hay un cartel que anuncia unas jornadas de cardiología.

—¿Cuándo son?

—El mes que viene. En Cuenca.

—Bueno, mejor en Cuenca que en Roma. Total, a nosotras los laboratorios no nos pagan ni el desplazamiento ni la inscripción.

—También es verdad. ¿Nos apuntamos? A ti te dan el día, y desde Madrid llegamos en un momento en el AVE.

Puri me miró fijamente, con esa mirada que nos dedican en ocasiones las enfermeras veteranas a las más jóvenes, y que no sabes si va a acabar en un beso o en un grito que resuene hasta en la cafetería. Cerró la caja de estupefacientes con determinación y sentenció:

—Para algo que nos da la dirección de este hospital, no lo vamos a regalar. Dónde hay un papel, que pienso llenar un vagón del AVE con las enfermeras de esta planta. Se va a cansar la supervisora de pedir sustitutas para ese día.

Sacó un folio de la impresora y escribió con rotulador permanente: «Lista para ir al congreso de Cuenca. Nos dan el día. Fecha tope: 1 de mayo», y justo debajo, a bolígrafo, nuestros nombres: «Puri» y «Satu». Lo clavó con una aguja intramuscular en el corcho de la salita del café, le hizo una foto y la subió al grupo de WhatsApp de la planta.

Y así fue como empezó el que sería el viaje más divertido que recuerde de un grupo de compañeras a un congreso en la ciudad de las Casas Colgadas. Casi tanto como nosotras. Y no lo digo por sujetar papeles en el corcho con una aguja, que eso es de lo más habitual... Por cierto, si algún día vais a una planta de hospital donde tengan chinchetas disponibles, ese sitio no es de fiar.

Fueron pasando los días, los turnos, los ingresos y las altas (y algún que otro *exitus*), y en la lista cada vez éramos más: «Puri, Satu, Marga, Susi, Chusa, Dolo?, Pitu, Isabel, ~~Ana María~~ y Olga». Si me vais a preguntar, sí, Dolo ha puesto un «?», y es que siempre hay alguna compañera que pone un signo de interrogación junto a su nombre al anotarse en una lista de la planta, sea para lo que sea. Y el mismo día de ir a la cena o de subir al tren, le preguntas y todavía no sabe si va o no... Todas tenemos a una así en la unidad, pero la queremos igual. Y Ana María se ha tenido que tachar porque tiene a la suegra ingresada. La que no se ha apuntado es Luchi, la supervisora, y no lo hace por miedo. Sabe que si se inscribe somos capaces de montarla en el AVE de Barcelona, sin pasaporte, y como es poco viajada, no sabría volver y sería nuestra oportunidad de deshacernos de ella... Sale poco de casa, pero a pesar de que le estuvimos insistiendo durante días no se ha apuntado... y eso que a ella le dan el día y no contratan a nadie para sustituirla. Ya veis lo imprescindible que es. Puri llegó incluso a escribir su nombre en la lista para presionarla y por las risas en los relevos de la planta, pero se borró con un gran manchurrón de tìpex. Qué sosa es.

Llegó el 1 de mayo y Puri, que estaba de turno, fue la encargada de arrancar la lista y poner fin al plazo.

—Al final, ¿cuántas vamos?

—Las de la lista. Y a la que no se ha quitado el interrogante la doy por anotada.

—Pregúntale por WhatsApp, Puri... Ya sabes cómo es...

Traté de mediar, pero dudo que me escuchase. Tenía el bolso colgado, las llaves de la taquilla en una mano, la lista en la otra y me había dejado el relevo escrito porque perdía el autobús. Y cuando una veterana se cuelga el bolso después del turno es para marcharse sin mirar atrás, no se detendrá ni aunque le ofrezcan cambiar una noche por una mañana.

Éramos nueve enfermeras dispuestas a pasar el día en Cuenca y descubrir los últimos avances en cardiología enfermera, aunque he de confesaros que creo que algunas ni habían mirado el programa del congreso.

El siguiente paso fue pagar la inscripción, que es algo que me ofende personalmente, y no tanto por el hecho de pagar sino por el modo en que hay que hacerlo. Es un tema que, a pesar del paso del tiempo y del avance de la tecnología, la gente que organiza congresos no acaba de mejorar. Podemos comprar un vestido en una tienda de Dinamarca desde el móvil y pagar con tarjeta, estar en la ducha y abonar un recibo con la aplicación del banco desde la tablet, ¡¡incluso se puede pagar desde el reloj!! Pero si quieres asistir a un congreso, primero tienes que ir al banco, esperar cola, emitir una transferencia, rogar al cajero que escriba tu nombre completo en el concepto y enviar por fax el justificante... con el sello legible del banco (bueno, si el congreso es de nuevas tecnologías en enfermería entonces podrás enviar por e-mail el papelito). No pido poder pagarlo en bitcoins, ¡¡pero al menos por PayPal!!

Cuando una participa en este tipo de eventos sanitarios, además de aprender también va a conocer gente, pasárselo bien, reencontrarse con compañeras de promoción que hace mil años que no ve... y, por qué no, a ligar, que nunca hay que cerrarse al amor, y según las canciones y las películas de Hollywood, este surge en cualquier parte. Sí, vale, probablemente estaréis pensando que tampoco es para volverse loca, que el congreso es en Cuenca, y si no logro encontrar el amor en una ciudad de tres

millones de habitantes peor lo voy a tener en una de menos de sesenta mil. Pero, qué queréis, si me paso el día en pijama y con el pelo recogido con un trozo de venda elástica... ¡Así es imposible!

Una imagina que los congresos son como el Tinder de la enfermería. Abres la aplicación y... este sí, este no, uy mira este qué mono, este también, este podría ser mi padre, este tampoco, este sí... ¡match! Con más de quinientos enfermeros hablando del corazón, mal se tenía que dar para que no pasara algo en ese congreso, y yo estaba como para una cardioversión. Así que me puse un poco mona y me planté con el resto de mis compañeras en la estación del AVE dispuesta a todo, aunque enseguida me di cuenta de que no era la única que se había arreglado para la ocasión. ¡Hay que ver lo que cambiamos fuera del hospital, que a alguna casi no la reconozco! A punto estuve de preguntarle a Chusa si era la madre del novio.

Apenas había amanecido cuando nos apeamos las nueve en la estación de Cuenca, junto a unas pocas decenas más de personas. No sabría explicar muy bien por qué, pero la mayoría tenían aspecto de ir a nuestro congreso. Debíamos dirigirnos a la sede del congreso, en uno de los hoteles de cuatro estrellas de la ciudad. Puri quería ir en taxi porque ella, como buena veterana, tiene ya una edad, carrera profesional incluida en la nómina, y no está para caminar mucho. A mí, eso de que un chófer me lleve a los sitios, bajarme frente a la puerta a lo Sara Montiel, derrochando dinero como si tuviese plaza en propiedad, pues me hace sentir divina, qué queréis que os diga... y un día es un día. Bueno, eso y que en Cuenca son unos cachondos y han puesto la estación del AVE a ocho kilómetros del centro de la ciudad, así que como para ir andando.

Pero, como diría mi vecina la rubia, «me estaba haciendo ilusiones y me estaban quedando muy monas», e iba a tardar muy poco en descubrirlo. Exactamente el tiempo que tardamos en llegar a la sede del congreso y caer



en la cuenta de que en enfermería somos prácticamente todo mujeres, que hay muy poco género masculino y que, encima, a una parte considerable de ellos no les interesa lo más mínimo el sexo contrario. Abres Tinder pero, realmente, la aplicación de ligoteo que está funcionando a tope es Grindr... Tendría que haber estudiado alguna ingeniería, seguro que ahí hay más proporción de hombres ya desde los primeros años de universidad y, por lo tanto, más probabilidades de encontrar a mi media vena... Aunque, ahora que lo pienso, no sé si los ingenieros celebran congresos... Creo que nunca he visto uno. Pues Magisterio, que esos sí que los tienen, no hacen turnos de noche y encima tienen más vacaciones que un ministro. ¡Maldita vocación!

Desvanecidas mis posibilidades de encontrar el amor, me dispuse a hacer la segunda cosa que más me da la vida después de criticar a mi supervisora: observar a la gente. Y os puedo asegurar que en los congresos de enfermería hay una fauna de lo más variopinta. Porque si cuando una está trabajando se encuentra con muchos tipos diferentes de enfermeras, imaginaos ahora a esas mismas compañeras desmadradas en un congreso, lejos del hospital, sin pacientes, con todo el día libre por delante y sin la supervisora... Para que lo veáis todavía más claro, he hecho una clasificación de los tipos de congresistas y que quedaría más o menos así:

**La Titulitos.** Su objetivo en esta vida es poseer muchos certificados. Desde el primer minuto, centrará todos sus esfuerzos en conseguir el Diploma de Asistente. Preguntará nada más recoger la documentación, buscará a gente de la organización para tratar de averiguar a qué hora y en qué lugar entregan los diplomas, e incluso intentará que a ella se lo den antes que al resto, y para ello no escatimará esfuerzos en inventar excusas de lo más variado: «Es que pierdo el tren de vuelta...», «Tengo que ir a buscar a los niños...», «Entro de turno en una hora...», todo para hacerse con él lo antes posible, poder

marcharse a casa para archivarlo junto a los demás títulos y no sacarlo nunca más de la carpeta. Un clásico en todos los cursos, seminarios, jornadas, talleres y congresos.

**La Suturas.** A ella lo que le preocupa son los puntos. Por lo general, se trata de una enfermera recién titulada o de una que quiere optar al concurso de traslados. Sea cual sea, ambas están en plena etapa de sumar puntos para la bolsa de empleo, para la fase de concurso de las oposiciones de su comunidad o para poder cambiar el hospital por un centro de salud y olvidarse de los turnos de noche. Si se ha inscrito es porque antes se ha asegurado de que ese congreso puntúa de manera oficial, y ya que asiste, pues si aprende algo mucho mejor. En el caso de la enfermera recién titulada, suele quedarse hasta el mismo acto de clausura ya que, al tener pocos puntos, la mujer de la bolsa sólo la llama en verano y Navidad... y por desgracia dispone de mucho tiempo.

**La Ilustrísima.** Vive en los congresos. En el mundo tiene que haber de todo: hay gente que hace la gira veraniega de su cantante u orquesta favorita, gente que recorre cada una de las fiestas gastronómicas de su comunidad para cenar gratis, modernas que no se pierden un festival en verano y dan buena cuenta de ello en su Instagram, y también hay enfermeras que recorren la geografía española de congreso en congreso. Son un misterio de la sanidad: nadie sabe cómo consiguen financiación para los viajes, hoteles e inscripciones, y mucho menos cómo disponen de tantos días libres para ir de aquí para allá, pero existen. Y prueba fehaciente de esto es el perfil de Twitter de cualquiera de ellas: hashtags con las iniciales de muchos congresos, un resumen de su curriculum vitae en la caja de descripción, frases motivadoras que extrae de cada una de las ponencias a las que asiste y selfies con sus amigas

congresistas, también Ilustrísimas que conoce de las redes sociales, y con destacados ponentes. Este tipo de enfermeras no se pierden un congreso, y si vas a uno y no ves entre el público o entre los ponentes a alguna de ellas, es que el congreso no es lo suficientemente bueno. El nivel lo marcan ellas. Ah, además de asistir, en muchas de esas jornadas también son ponentes en una o varias mesas, son unas todoterreno de la teoría.

Las conocerás porque acostumbran a sentarse en las primeras filas, tuitean continuamente (imprescindible informar a sus seguidores de que están allí), y sólo se relacionan con otras Ilustrísimas para hablar de temas profesionales superprofundos y trascendentales. Por si todavía no logras reconocerlas, otra característica de este grupito es que repiten una serie de palabras comodín en cualquier conversación, tanto en la pausa-café de las doce como en el baño, o durante la conferencia de clausura. Si sus muletillas son «empoderamiento, transversal, humanización, poner en valor, sinergia o multidisciplinar», son ellas. Se consideran la tabla de salvación de una profesión que creen que va a la deriva, el Schettino del *Costa Concordia*.

**La Libranzas.** Va porque le dan el día. A diferencia de la Titulitos y la Suturas, a este tipo de enfermera el diploma y los puntos le importan poco. Ella se ha inscrito porque la supervisora le da el día libre por formación y no está dispuesta a perderlo. Le trae sin cuidado si las conferencias versan sobre nutrición o cardiología, con tal de no estar siete horas en pijama corriendo por la planta. Por ella, como si hablan de aeronáutica.

**La Alumna.** Va porque se lo mandan. A estas se las reconoce fácilmente ya que tienden a sentarse en grupos de treinta en las últimas filas. Bueno, por eso y porque tienen aspecto de estudiantes: todas llevan mochila y/o carpeta, la mayoría no superan la veintena y tienen la piel más tersa y firme que una

pandereta... (sí, es un poco de envidia). Son alumnas del Grado de Enfermería que o bien asisten porque la profesora de Fisiología les ha dicho que algún tema del congreso va a caer en el examen (y luego nunca cae), o porque así no tienen que asistir a prácticas en el hospital ese día. Cualquiera de las dos opciones es válida. No suelen pagar cuota de inscripción porque bastante tienen con pagar la matrícula de la universidad, y permanecen agrupadas al fondo de la sala hasta que se marchan la tutora de prácticas y la directora, que suele ser poco después del acto de inauguración. En el caso poco probable de que en el descanso inviten a café y bollos, se quedan un poquito más.

**La Souvenirs.** Lo suyo son los recuerdos. Si por algo destaca este tipo de enfermera es por volver de todos los congresos más cargada de regalos que mi sobrino en Navidad. Recorre todos y cada uno de los stands y arrasa con todo lo que encuentre a su paso: folletos de Cuenca, libros, caramelos, bolígrafos del sindicato, pósters, chapas... a todo le encuentra utilidad y nada escapa a su rapiña. Nada más llegar, da una vuelta de reconocimiento por la zona de los stands para luego, en una segunda ronda, echarse al bolso todo lo que pille. Y si son dos de cada, mejor. Cuando tiene ya las cremalleras del bolso con más tensión que las del equipaje de mano de un pasajero de Ryanair, saca una bolsa que llevaba guardada para seguir alimentando su Diógenes particular.

No es raro que, tras unas horas de congreso, haya contactado con otras enfermeras Souvenirs con las que poder intercambiar información.

—Tía, en el stand del sindicato han estado regalando tijeras.

—Lo sé, tengo por lo menos diez. ¿Y te han dado la batería externa para el móvil?

—¡Qué va! Son unas rancias. Creo que sólo se la dan a las afiliadas, y eso

que hace años coincidí en un curso con esa del pelo cortito que está en el estand... Pero chica, ni tirando de amistad me la ha dado.

—Vamos al estand de las úlceras, que he visto que tienen un par de cajas con paraguas. Hay que presionarlos para que nos den al menos cuatro a cada una.

—¿¡Paraguas!?! No hay tiempo que perder.

Para ellas, asistir a un congreso es lo mismo que para un grupo de turistas del IMSERSO entrar en el bufet de un hotel de Benidorm. La acreditación es su pulserita de todo incluido, y se cobran en regalos el precio de la inscripción. Si trabajas en un estand y no estás atenta, pueden llevarse incluso tu teléfono móvil pensando que es de muestra. Si, por el contrario, tienes la suerte de tener en la planta a una enfermera Souvenirs, sabes que cada vez que regrese de unas jornadas traerá bolsas con merchandising oficial para todas las compañeras.

Y es que ellas no son mala gente, hay que comprenderlas. Desde la crisis, los visitantes médicos apenas dejan bolígrafos, tacos de notas o carpetas con pinza como muestra de su paso por el hospital, y ellas necesitan saciar su Diógenes interior de alguna manera.

Como llevaba un rato entretenida cotilleando y clasificando a la gente, me había despistado y no tenía la menor idea de dónde podían estar Puri, Marga, Chusa y las demás niñas. Podía haber preguntado en el grupo de WhatsApp que abrieron con las que íbamos, pero decidí aprovechar que estaba sola para recorrer tranquilamente los estands, aunque procurando no convertirme en una enfermera Souvenirs. Tomar esa decisión me abrió los ojos a un mundo totalmente desconocido para mí: el mundo de los puestos comerciales para enfermería. O, lo que es lo mismo, lo que creen que nos gusta comprar a las enfermeras cuando pedimos el día para ir a unas jornadas.

Tras abrirme hueco entre un grupo de enfermeras, me acerqué al primer puesto. Allí, un apuesto y elegante hombre de unos cuarenta años, aunque con los mismos conocimientos de diabetes que los que tengo yo de las técnicas de cultivo del arroz bomba, mostraba lo último en instrumentos de medición de los niveles de glucosa en sangre y nos explicaba con mucho afán su funcionamiento, sin saber que los que tenemos en la planta no se parecen a esos aparatos ni en la pila. Por lo que pude oír, si escuchabas la demostración te daba un papelito que lo cubrías con tus datos, lo metías en una urna y entrabas en el sorteo de una tablet... y si te tocaba, cuando quiera que la sorteasen, el apuesto experto en diabetes te llamaba personalmente.

El segundo stand no estaba tan concurrido como el anterior y pude acercarme sin problema. Tras una mesa llena de parches para úlceras, apósitos y todo tipo de cremas, un joven trataba de convencernos de los beneficios de sus productos mostrando todo tipo de estudios hechos con pacientes. El pobrecillo insistía y nos recomendaba que los utilizásemos... Ya ves, como si la ministra de Sanidad hubiese arreglado ya la Ley de Prescripción y pudiésemos recetarlos. En fin.

Los siguientes puestos eran un poco más de lo mismo, y el que no trataba de venderte un maniquí de reanimación cardiopulmonar, un brazo de silicona para practicar a buscar venas, zuecos para el hospital o un pene de goma para que las alumnas aprendan a sondar, lo intentaba con una enciclopedia de enfermería o una revista bimensual de esas de suscripción.

¿De veras alguien piensa que nos morimos de ganas por comprar un pene de goma para practicar con la sonda en nuestros ratos libres? ¿O un glucómetro para tenerlo en casa por si un día queremos echar la tarde pinchando a las vecinas en el rellano? Pensadlo por un momento: somos unas quinientas enfermeras, reunidas en un hotel de Cuenca, con la nómina recién ingresada y el verano en puertas... ¡¡Aquí lo que de verdad arrasaría sería un

estánd de Tous!! Instalas uno, y justo al lado otro de Littmann con esos fonendos rosas que tienen, y ya puedes ir llamando a alguien de seguridad para que organice las colas en los descansos, y durante las conferencias infumables que dan esos ponentes que parece que la última vez que tocaron a un paciente fue en las prácticas de la carrera!!

Y es que ese tipo de conferencias parecen un mal que se extiende como el olor de las ampollas de Flumil, y cada vez cobran más protagonismo en los congresos. Recuerdo que allá por el año 2003 lo último de lo último era organizar jornadas de Urgencias y Emergencias; en 2006 la moda era la enfermería en Cooperación Internacional; en 2009, la importancia de la Seguridad Clínica y, en 2012, no había jornada o congreso donde no se hablase de la importancia de la reducción de la Infección Nosocomial.

Pero el rumbo ha cambiado desde hace unos años, y no sólo en sanidad. Ahora, para que el congreso sea bueno hay que hablar de cómo llenar la unidad de carteles con mensajes de Mr. Wonderful para alcanzar el Nirvana buenrollista. La organización multidisciplinar ya no, eso es muy 2015. Ahora se lleva lo motivacional: abrazar a compañeros que no has visto en tu vida (que a mí me recuerda a esa sensación extraña que tienes cuando «das la paz» en misa), hacer un taller para rodar por el suelo o bailar en corro con los brazos en alto, hablar del Hospital del Amor, escribir frases de Paulo Coelho en un rollo de papel continuo, y hacerte selfies con el marquito de turno con el nombre del congreso, su hashtag y los logotipos de los patrocinadores, pero como en las bodas: con gorros y gafas de colores. Al final, no sabes si estás en unas jornadas de sanidad, en una comuna hippie fumando ayahuasca o en una convivencia de los Hermanos Maristas en Miraflores.

En este de Cuenca, en concreto, por lo visto venía todo un gurú de la sanidad, un coach de esos que dicen ahora, un iluminado por la lámpara de Florence Nightingale. Marga y Dolo estaban emocionadísimas y no pararon

hasta que reunieron a todo el grupo, y es que, según ellas, no podíamos perdernos esa conferencia.

El salón estaba a rebosar, y tras unos cambios de asiento conseguimos sentarnos todas juntas. En el escenario, la moderadora comenzó a leer el curriculum del ponente, que más que una vida laboral parecía el prospecto de un antihistamínico por lo largo que era: médico, sociólogo, autor de libros y artículos en revistas, varios másteres en gestión sanitaria, posgrados, posgrados de los másteres, premios en congresos, presidente de su comunidad de vecinos... aquello era un no parar. Tras ella apareció un hombre de unos cincuenta años que tenía aspecto de vendedor de seguros, el típico jefe de la sección de caballero de El Corte Inglés: traje de dos piezas perfectamente planchado, corbata, gemelos y zapatos Oxford. Marga y Dolo comenzaron a aplaudir como locas, era el ponente, mientras un proyector mostraba su imagen sobre la pantalla, la mitad de las asistentes hacían fotos como si su vida dependiese de ello y un cañón de luz seguía sus pasos por el escenario. Se ajustó el micrófono, que era de esos que salen de la oreja, y se sacó del bolsillo un cronómetro y un puntero láser de colores. Al ver semejante despliegue revisé la bolsa que nos habían entregado con el material del congreso, pero en la mía no había gafas 3D. Estaba realmente confundida. No sabía si estaba en un congreso, en el cine o en un musical, aunque aquello parecía más un concierto de Sergio Dalma. Sólo faltaba el piano.

Empezó pidiéndonos que sacásemos nuestro teléfono móvil mientras él bajaba del escenario.

—Me siento mucho más cómodo dando la conferencia aquí abajo, entre vosotras. Viendo vuestras caras y aprendiendo con vosotras. Sinergia. Yo soy uno más —aseguró.

Yo empezaba a pensar que aquella técnica aprendida era la misma que usaban todos los gurús baratos de la autoayuda que salen por televisión.



Había pedido que sacásemos el móvil para decirnos que si teníamos Twitter o Facebook empezásemos a publicar lo que él decía y subiésemos fotos de la presentación. Por supuesto, las enfermeras Ilustrísimas llevaban tiempo haciéndolo desde la primera fila, entre *ilustrísimos* tienen que apoyarse. Continuó recordando que el hashtag para poner en valor el congreso en el *social media gromenagüer*, hacer sinergias basadas en evidencia, elevarnos hasta el Nirvana y darle visibilidad multidisciplinar más allá de aquel salón era #IXAEECRDyMFPO. En la «A» yo ya me había perdido.

Debió de verme la cara de desconcierto, porque lo siguiente que hizo fue acercarse y preguntarme, mientras me apuntaba con el láser color verde, que era el de preguntar:

—¿Qué estrategia de salud tenéis en vuestro centro hospitalario para empoderar a los pacientes *flipped nursing gromenagüer* en el entorno de salud actual?

—Hemocultivos —respondí.

Fue lo primero que se me vino a la cabeza, y es que en planta otra cosa no haremos, pero hemocultivos a todas horas. No sé por qué contesté aquello, pero no entendía nada y me estaba haciendo pis desde que me lie viendo los glucómetros nuevos.

Todo el salón estalló en una carcajada. Menos el ponente, que era un médico muy serio, y Marga y Dolo, que me reprocharon mi nerviosismo.

—Tía, pero ¡cómo le respondes eso! ¡Que va a pensar que somos tontas, tía!

Durante la siguiente hora no paró de hablar: «Una enfermera empoderada *flipped nursing* tiene que llegar al relevo veinte minutos antes, conocer todas las necesidades individuales de sus pacientes y de los que lleva la compañera, fomentar la relación interprofesional, hacer docencia, planes de cuidados, revisar ocho escalas cada media hora y toda la medicación cinco veces antes

de administrarla, identificar las necesidades de salud de su entorno, del entorno del paciente, del entorno de la familia y del entorno del hospital comarcal más cercano, investigar en cuidados, acudir a jornadas y congresos como este, empatizar con todos los pacientes y familiares, fomentar la investigación entre sus compañeras, sincronizar su reloj con el del celador, el de la auxiliar y el del familiar del paciente para realizar el cambio de pañal exactamente cuatro segundos después de la deposición, revisar actualizaciones en guías y protocolos cada día antes del turno, leer toda la prensa sanitaria y los blogs de las enfermeras Ilustrísimas justo al finalizar el turno y crear buen ambiente de trabajo con la supervisora líder empoderada en cuidados».

—Y eso para ir empezando, que luego os acomodáis y no queréis salir de la zona de confort —concluyó.

Creo que intentaba motivarnos, pero estábamos aún más estresadas.

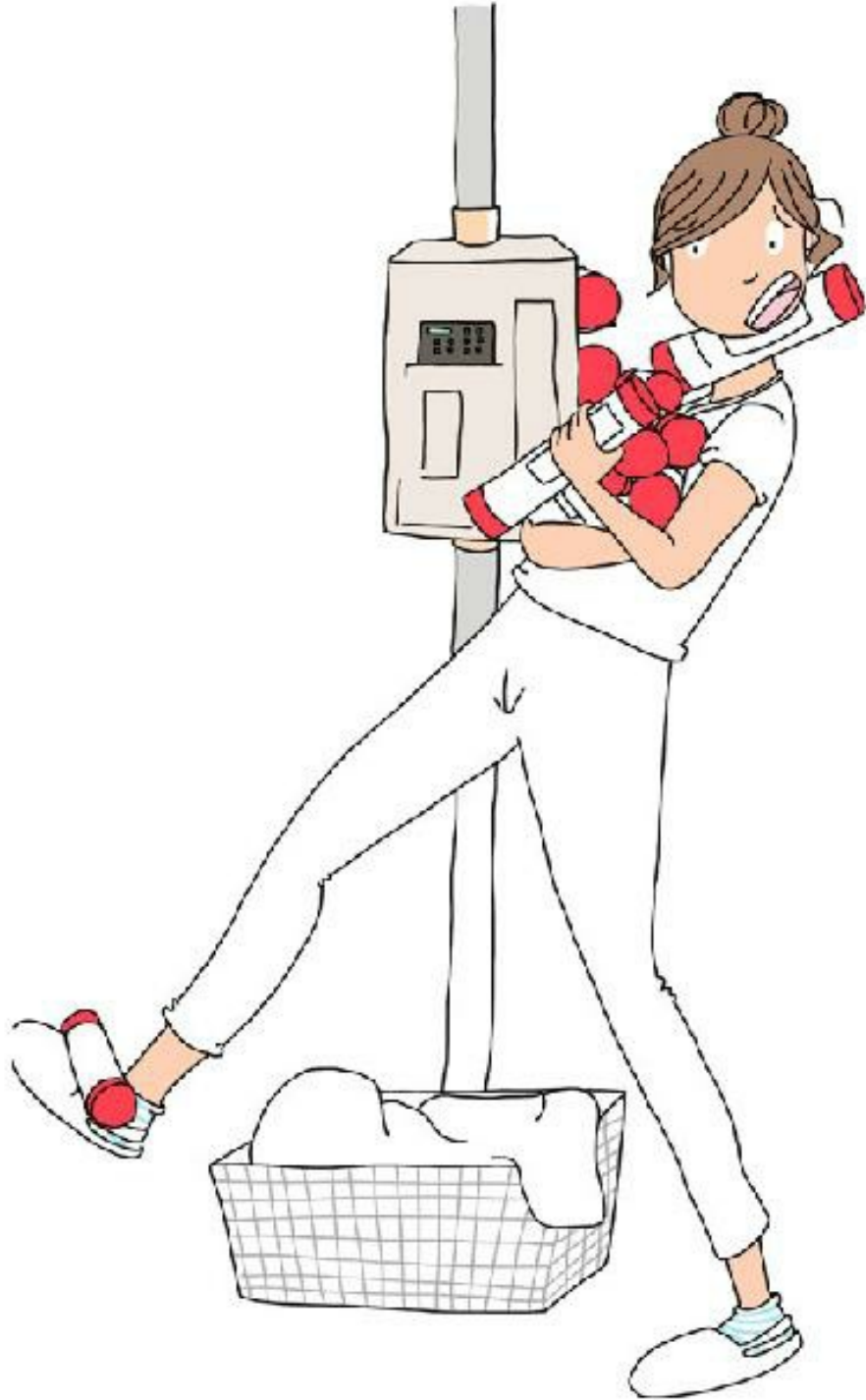
Tras acabar su intervención se abrió un turno de preguntas. Aquí, la de los hemocultivos, fue la primera en levantar la mano:

—Perdona, ¿en qué unidad del hospital dices que trabajas?

—¿Yo? En gestión.

En ese momento lo comprendí todo. «Yo soy uno más», ja.





## TERCER ACTO

De cuando Satu descubrió el tubo neumático

En los hospitales hay gran variedad de artilugios destinados a facilitar nuestro trabajo. Máquinas de todo tipo y condición que conviven en una sala próxima a la planta, y que pasan una revisión periódica en el momento en que dejan de funcionar, casi nunca antes. Algunas no la superan con éxito y entonces pasan a formar parte de la decoración, para que recordemos que algún día funcionó y que, cuando consigan la pieza que viene de Alemania, puede que vuelva a hacerlo. Grúas eléctricas, tensiómetros con Bluetooth e incluso carros de medicación con ordenador incorporado, que empiezan a ser cada vez más habituales por los pasillos de los hospitales. Va a ser cierto eso de que estamos saliendo de la crisis, aunque en las nóminas no lo notemos.

Pero aquel verano en la planta de Cardiología descubrí que la innovación aplicada al transporte hospitalario puede ir más allá, y aunque para muchas ya sea un artilugio antiguo, para mí supuso toda una novedad: el tubo neumático, una máquina con una tubería de entrada, una de salida y una pantalla con teclado que parece sacada de una película de Kubrick. Un teletransportador de muestras, papeles y todo tipo de material de pequeño tamaño entre las distintas unidades del hospital; una máquina destinada a sustituir a la tradicional llamada al celador para que baje unas muestras al

laboratorio o suba los papeles de admisión. Pero como todos los artilugios del hospital, encierra demasiados enigmas, dignos de un especial de «La nave del misterio» de *Cuarto Milenio*.

Una noche que estaba de turno con Puri, me contó que ella ya trabajaba en Cardio cuando fueron a instalarlo. ¡Cómo no! y es que Purificación es una de las históricas de la planta, de las que ya nadie imagina trabajando en otra unidad y que se jubilará con los zuecos puestos. De esas que los primeros días son duras de roer, e incluso te lo hacen pasar un poco mal, pero a las que te vas ganando con el paso de los turnos, ingreso a ingreso y noche a noche, hasta que terminas cogiéndole tanto cariño como respeto le guardas por sus galones, los que nunca reconocerá nadie desde la dirección del hospital pero que se ha ganado con los años a base de profesionalidad y autoexigencia.

Si algún día os topáis con el aparato en cuestión en alguna planta, lo reconoceréis al instante: se caracteriza por tener pegado con esparadrapo en un lateral uno o varios folios con los códigos de envío a otras plantas, pero equivocados. Y es que ese listado siempre tiene errores que luego se van corrigiendo sobre la marcha, de tal modo que veréis tachaduras y correcciones a bolígrafo o rotulador, códigos escritos a mano porque faltaban e incluso dos códigos diferentes para la misma unidad (que al final no sabes a cuál teclear para enviar las muestras), o alguna que otra conversación:

**«Laboratorio — 311»**

«312 para muestras de 9 a 12 h entre semana. Firmado: Luchi» (añadido justo debajo, a boli azul)

«¿Y fuera de ese horario?» (escrito en boli rojo)

«Supongo que 311» (justo al lado, en boli negro)

**«Banco de Sangre — 209 » (tachado) «219»**

## «Farmacia — 417»

«Todo ~~menos las parenterales~~» (añadido en boli negro, justo al lado)

«Ahora parenterales SÍ. Firmado: Luchi» (añadido en boli azul, el mismo que se usó para tachar la corrección anterior)

Si por una conjunción astral de esas que ocurren cada mil años tuvieseis algún día un turno tranquilo y se os cruzara por la cabeza la idea de pasar ese folio a limpio, ¡ni se os ocurra! Durante las siguientes semanas os acusarán en todos los relevos y grupos de WhatsApp de la planta de que ya nadie es capaz de encontrar ningún código. Y si con las prisas te confundes al teclear el destino... la has liado pero bien, y las analíticas de toda la planta pueden acabar en Archivo, en Neonatos o dando vueltas por las tuberías de todo el hospital hasta aparecer en Admisión del Hospital del Mar.

Pero es que precisamente ese es uno de los grandes enigmas del tubo neumático, que no se sabe adónde van a parar la mayor parte de las veces los cartuchos, balas o torpedos con las muestras. Sí, los he llamado de hasta tres formas diferentes porque, como nadie conoce su verdadero nombre, en cada hospital se les ha bautizado de una manera, aunque si en algo coinciden todos es en el color rojo y en la porquería que tienen incrustada, sobre todo en la parte central, que por lo visto en algún momento fue transparente. Bueno, en eso y en que nunca están disponibles.

Me contaba Puri que cuando lo pusieron en funcionamiento entregaron cuatro balas a cada unidad del hospital, pero ahora si hay una ya te alegra el turno, y si hay dos sales corriendo a comprar el cupón al quiosco del hospital porque estás en racha. Estoy segura de que en algún lugar recóndito del hospital tiene que haber cientos de tubos perdidos con muestras y analíticas, esas que tú has enviado pero que en Laboratorio juran por Pasteur que no han

recibido... todo para, al final, tener que poner cara de tonta delante del paciente y volver a pincharle.

Y es que esas tuberías tienen a determinadas horas más tráfico que la M-30. Las muestras de sangre recorren medio hospital girando aquí y allá, chocando con otros cartuchos y haciendo loopings imposibles... Es la montaña rusa que lleva a un destino incierto a los glóbulos rojos, los linfocitos, la urea y las plaquetas, los cuales, después de toda una vida viajando por las tuberías humanas que son los vasos sanguíneos, reciben como homenaje final por nuestra parte un indigno paseo en clase turista por las entrañas del hospital.

Al final de este viaje sólo pueden darse dos posibilidades: o las muestras llegan centrifugadas a Laboratorio o tu cartucho se desorienta como Nemo en la corriente: se ha puesto a girar a lo loco, ha abierto una puerta espacio-temporal y un agujero negro lo envía directamente al planeta de los bolis que se pierden, las tijeras que desaparecen para nunca regresar y los calcetines sin pareja. Poco estudia la NASA estos casos.

En mi planta, como son objeto de deseo, hemos puesto unos empapadores a modo de colchón en la cestita metálica donde caen al llegar. Todo para que les amortigüe la caída y se sientan cómodos, y también para que no reboten y salgan volando. A veces los envían con tanta fuerza que incluso se les oye llegar «sssshhhh... ¡pum!», y allá va el cartucho con el pedido de Farmacia rodando por el control, que si te pilla despistada te da un susto de muerte. Luego te agachas para recogerlo y si no te das cuenta... allá van todos los bolis del bolsillo del pijama a hacerle compañía al cartucho.

Me ha dicho Puri que un celador le contó que, hace unas semanas, en una planta un cartucho salió con tanta fuerza que atacó a una enfermera. Creo que por eso en mi hospital desde entonces también los llamamos «balas».

De todos modos, os confesaré que yo tengo un truco infalible cuando me



quedo sin balas y no me apetece ir a robarlas a la planta de al lado: llamar al celador. No sabes cómo lo hace ni dónde las consigue, pero en dos minutos te trae cinco cartuchos con tal de no tener que bajar a Laboratorio. ¡Ay!, los celadores y sus conexiones... ¡esas sí que son todo un misterio!

Aunque para misterio, la duda que me inquieta y me perturba, y que nadie me ha sabido resolver en todo este contrato de verano, ni la mismísima supervisora ni los cuatro de mantenimiento que vinieron una mañana a la planta a cambiar un tubo fluorescente: ¿Hasta dónde se puede llenar el cartucho?

Porque digo yo que eso tendrá un límite, un peso máximo que puede transportar, un «no lo llenes más que va a reventar». Y es que, a juzgar por lo que veo cada día, el límite es «hasta el borde», y cuando no cabe un hemograma más, le damos unos golpecitos en la base y un pequeño meneo como si fuese el contenedor de agujas, y todavía entran dos hemocultivos más, tres bioquímicas ordinarias y un frasquito de orina. Por supuesto, todo perfectamente envuelto y acolchado, no vaya a ser que se rompa por el camino, y para ello es imprescindible el empapador recortado o la manta roja que en ocasiones viene dentro de los cartuchos. Bueno, más que roja ya es negra, y ojalá que nunca le pase nadie la luz azul esa que tienen los de *CSI* porque podría encontrar todo tipo de vida terrestre, extraterrestre y hasta restos biológicos del primer paciente que pisó el hospital después de la inauguración.

Menos mal que las enfermeras estamos a prueba de todo microorganismo existente. Es un superpoder que se adquiere en la carrera durante los años de prácticas, y para ello hacen con nosotras como hacían con los niños espartanos: nos sueltan en medio de toda la bichería hospitalaria imaginable, y si sobrevives, una enfermera más. Sólo así se explica que estemos en contacto directo con un paciente durante una semana, que al séptimo día lo

aíslen por tuberculosis o por tener un Staphylococcus multirresistente y que a nosotras no nos pase nada.

O también que, durante los turnos de noche, utilicemos los cartuchos de dudosa higiene del tubo neumático para enviarnos entre nosotras empanada casera, bombones que ha traído algún paciente o, incluso, pasteles del cumpleaños de alguna compañera de otra planta, lo podamos comer tranquilamente y no acabemos ingresadas en cuidados intensivos.

Mientras tanto, yo seguiré empleando los ratos libres en tratar de recuperar tubos perdidos. Y más ahora que me he enterado de que en algunos hipermercados también los tienen, y los emplean para enviar la recaudación de cada una de las cajas a Atención al Cliente. Sólo os diré que este hospital está cerca de un Carrefour... así que no pierdo la esperanza de que algún día nos llegue uno de sus tubos. Eso sí que sería un buen ingreso y no lo que nos sube de Urgencias.





# ENTREACTO

De cuando Satu conoció a sus nuevas vecinas

Aquel mes de julio estaba siendo especialmente abrasador en la capital. Si caminabas a mediodía por el centro, podías ver en el suelo cámaras de fotos perfectamente alineadas frente al Museo del Prado o el Palacio Real. Los japoneses ya no estaban, se habían fundido con el asfalto y sólo quedaban sus reflejos como muestra de la cola que algún día hicieron. Incluso los maridos de la puerta del Primark de Gran Vía aceptaron entrar y acompañar a sus mujeres, jugándose el divorcio por un poco de aire acondicionado.

Como cada verano, las noticias estrella de los telediarios eran los turistas abarrotando las playas, la ola de calor y los médicos que estudian seis años para decir que contra las altas temperaturas hay que beber agua y protegerse del sol. Aunque yo siempre he pensado que la noticia habría sido que en el séptimo mes del año nevase en Madrid o que una ciclogénesis afectase a las costas gallegas. Pero no voy a negar el atractivo de ver por la tele a las señoras manchegas en primera línea de playa contando cómo han conseguido coger sitio, a sus maridos apurando cañas en el chiringuito mientras dirigen el espeto de sardinas, o los vídeos de alemanes probando suerte con el *balconing* en nuestro litoral, según Darwin, por la evolución de la especie.

Por mi parte, yo seguía con mi contrato en Cardiología haciendo más

noches que el camión de la basura, y conseguir dormir durante el día con el sol derritiendo las persianas cada vez resultaba más complicado.

Fue en una de esas mañanas en las que el calor apenas me dejaba dormir cuando llegaron al edificio las nuevas vecinas. Lo sé porque me despertaron los incesantes pitidos de varios coches, que se colaban por mi ventana. Cuando me asomé al balcón vi el atasco que había formado una furgoneta que estaba justo delante de mi portal. Una chica de algo más de veinte años se apresuraba a sacar varias cajas de la parte de atrás, mientras la conductora pedía calma al resto de vehículos y otra joven las recogía y las metía dentro. O era una nueva forma de entrega de mensajería o había nuevos inquilinos en el edificio... y el único piso que estaba vacío era el que tenía justo encima, el tercero, así que no tardé en dirigirme a la mirilla de la puerta de entrada para ver quiénes subían y qué llevaban. «Ya que no me habéis dejado dormir... voy a cotillear», pensé.

Eran tres chicas de veintipico años. Una de ellas, la más alta, tenía acento andaluz; otra, con un marcado acento vasco, no paraba de quejarse del calor que hacía en Madrid y una tercera, la más bajita, estaba claro que era catalana porque insistía una y otra vez en su derecho a tener una habitación independiente. Mientras subían las cajas hablaban entre ellas de los turnos de limpieza que debían establecer. La verdad es que si su piso era del mismo tamaño que el mío, no iban a tardar mucho tiempo en limpiarlo, y a una le tocaría dormir en la bañera o en el balcón.

Tres mujeres recién llegadas, desde diferentes partes de la geografía española, que empezaban juntas una nueva vida en un piso de Madrid. Tenía en el apartamento de arriba a las Chicas del Cable o un chiste de Eugenio, de los que empezaban con «Saben aquel que *diu* que van un catalán, un vasco y un andaluz metidos en un ascensor...», y de no haber estado destrozada después de tantas noches habría salido a ayudarlas con las cajas, no por

solidaridad, si no para enterarme de quiénes eran. Lo único que tenía claro es que no eran estudiantes, porque esos en julio están de vacaciones y hacen las mudanzas en septiembre. Qué queréis, de tanto hacer anamnesis a los pacientes preguntándoles si van bien al baño, cuántos hijos tienen y el teléfono de su casa, a una le ha nacido dentro una especie de Vieja del Visillo que le cuesta dominar... y la alimento con Radio Patio y con los cotilleos que cuentan los celadores cuando vienen por la planta. Como ellos se recorren todo el hospital cada día, tienen montada una red de escuchas que ríete tú del CNI. Si ha pasado, los celadores lo saben.

Los siguientes días transcurrieron con una extraña normalidad. De no haber visto la mudanza, pensaría que el piso de arriba seguía en alquiler. Ni un ruido, ni un arrastrar muebles, ni una discusión... nada. El chino del supermercado de enfrente, que antes de llegar a España debió de trabajar como celador en Shangai, sólo sabía de ellas que entraban y salían del portal a horas muy diferentes del día, y generalmente por separado. Ah, y que una le compraba a menudo leche sin lactosa. Nada relevante, pero al menos sabía que vivían allí y no habían sido alucinaciones mías... que después de un mal turno de noche se está peor que de resaca, y ya la lie una vez que me llamó en el saliente la mujer de la bolsa para darme un contrato. Contesté, pero volví a dormirme y luego no recordaba adónde ni cuándo tenía que ir. Todo un drama laboral.

Pero todo cambió una tarde que volvía a casa con la compra de la semana. Al doblar la esquina de mi calle, y como si de una aparición celestial se tratase, pude ver una fantástica ambulancia de soporte vital avanzado con todas las luces encendidas, brillando bajo el sol en todo su esplendor. En ese momento, una fuerza sobrenatural me empujó a correr como una loca hacia ella. Poco importaban las bolsas de la compra, que en ese momento pesaban la mitad, la Nightingale interior tiraba de mí en dirección a la ambulancia. No

porque estuviese muy cerca de mi portal y me preocupase la salud de alguno de mis vecinos, para nada; es un algo inexplicable que te lleva a recorrer hasta dos calles detrás de una de ellas. Una enfermedad como otra cualquiera para la que no existe tratamiento conocido, pero que sólo nos afecta a las enfermeras y a los niños.

De hecho, un estudio de una prestigiosa universidad americana, que me acabo de inventar, demostró que ante la señal acústica de la sirena y/o las luces de una ambulancia sólo se pueden dar cinco tipos de respuesta entre la población de cualquier parte del mundo. Quedaban clasificadas más o menos así:

**El ciudadano.** Son las personas que ven una ambulancia con luces o sirena y tratan de apartar su coche para que pueda pasar rápidamente.

**El entendido.** Esa gente que la ve y la oye perfectamente aunque lleve la radio puesta, pero a la que le da exactamente igual porque dentro no va nadie de su familia. Son de los que justifican su actitud con frases como el ya clásico: «Ponen la sirena para ir al bar a tomar unas cañas, que yo lo sé». O: «Yo también tengo prisa».

**El rompetechos.** Son personas que, con toda la buena intención del mundo, tratan de apartar su coche para que la ambulancia pase rápido... pero se ponen nerviosos y la presión les puede, de tal manera que acaban bloqueando la calle por completo.

**La sufridora.** Señoras que van caminando y, en cuanto pasa una ambulancia por su lado, se paran en seco, la siguen con la mirada y dicen «¡Vaya por Dios!» mientras se santiguan varias veces. Se preocupan por la persona que



va dentro aunque no la conozcan de nada, a veces incluso más que la familia del paciente.

**Las polillas.** Y por último los niños y las enfermeras, que vemos unas lucecitas brillantes y nos comportamos como estos insectos nocturnos. Esta reacción incontrolable puede tener graves consecuencias si estás de turismo en otra ciudad o en otro país, porque la ves pasar frente a ti y, como es diferente de las que estás acostumbrada a ver, entonces no te basta con ir detrás, si no que tienes que hacerle muchas fotos, mirar cómo está distribuida por dentro y fijarte en los uniformes que lleva el personal. Cada uno es libre de arruinar su vida como quiera, y algunas nos hacemos enfermeras.





Pero volvamos a Madrid, a ese día del mes de julio, con la uvi móvil parada en medio de mi calle y una servidora corriendo descontrolada hacia ella con las bolsas de Mercadona. Que, por si os lo estabais preguntando, no, no las había soltado en la esquina para poder correr más deprisa... A ver si os creéis que ando derrochando como si tuviese vacante en el hospital.

Justo en el momento en el que llegaba junto a ella, oí un golpe en mi portal. Me giré y allí estaban ellas... dos de mis nuevas vecinas del tercero que salían corriendo.

—Te lo dije, nena, te dije que no era de *les bàsiques*, que era una uvi.

—Bueno, yo es que todavía no soy como mi *aita*, que las distingue por el sonido. Yo sólo te dije: «¡Aupa, María!, una ambulancia, vamos a ver qué pasa».

¿Habían bajado corriendo desde el tercero porque habían visto una ambulancia? Aquello me hizo sospechar... Pero no podía ser que al menos dos de mis tres nuevas vecinas fuesen enfermeras, eso sería mucha casualidad. Aunque a mí me vendría perfecto. Eran casi de mi edad y parecían majas, así que por fin tendría alguien con quien salir de copas un martes por la noche o cualquier otro día que no fuera fin de semana... Por ahora, algo más ya sabía: que la vecina catalana se llamaba María y que era probable que ambas fuesen enfermeras. Pero ¿qué hacían las tres en Madrid? Habían llegado en pleno mes de julio y, según el chino, tenían horarios poco comunes, así que podía ser que un contrato de verano las trajese a la capital.

Con el lío de la ambulancia, ya casi había llegado la hora de entrar al turno de noche. Subí la compra corriendo, me cambié de ropa y me dirigí al hospital sin apenas tiempo para cenar. Entre pon pijama, quita pijama, pon ropa, quita ropa, pon pijama y quita pijama otra vez, no exagero cuando digo que al final del día me he cambiado de ropa más veces que las Kardashian.

No recuerdo muy bien cómo fue aquel turno de noche, seguro que como

casi todos: con un incesante pitar de timbres y bombas, carros llenos de sueros y pastillas de dormir, algún que otro ingreso, varios electrocardiogramas urgentes y puede que un *exitus*. Nunca entendí que cuando un paciente fallece, en sanidad le llamemos «exitus», como si fuese un final exitoso. Es un término latino y todo lo que queráis, pero yo lo veo más de humor negro que otra cosa.

A la mañana siguiente, vuelta a casa a intentar descansar. La ropa arrugada, las ojeras como las de un oso panda, arrastrando los pies como los zombies de *The Walking Dead*, despeinada y con la eterna duda de si cenar o desayunar antes de acostarme mientras la ciudad despertaba. Y al llegar al portal, arrodillarme y apoyar el bolso en el suelo para buscar las llaves a la vez que me comía un bollo de pan, repitiendo el mismo ritual de cada mañana... o casi, escuché:

—¡Hola! Deja, no te preocupes, que ya he encontrado yo las llaves. Me llamo María.

A mi lado, y con las mismas ojeras que yo, el mismo arrastrar de pies que yo, la ropa exactamente igual de arrugada que la mía, y con el pelo recogido en una coleta con un trozo de venda elástica, mi nueva vecina andaluza del tercero.

—Enfermera, ¿no? —pregunté casi afirmando.

—Yo sí, y por tus pintas veo que tú también...

Y como si de Benedict Cumberbatch en un capítulo de *Sherlock* se tratase, notaba cómo me analizaba mientras terminaba la frase: restos de polvos de talco de los guantes en los pantalones vaqueros, ojeras marcadas, hambre voraz a las nueve de la mañana, pelos de loca, venda elástica en la muñeca derecha que ha sido utilizada como coletero, irritación en la piel de las manos provocada por el gel hidroalcohólico...

—Vivo en el segundo. Me llamo Satu, encantada.

—Yo en el tercero, con otras dos chicas que también se llaman María, y somos las tres residentes de primer año. De pediatría, de comunitaria y de matrona.

En ese momento comprendí por qué apenas las veía. Y es que si yo vivo en el hospital, las residentes ya no salen nunca de él y llevan una vida todavía más aburrida que las eventuales. Así que pensé que iba a salir muy poco de copas con ellas, con mis tres Marías, aunque no podía estar más equivocada... Pero eso... eso es otra historia.







## CUARTO ACTO

De cuando Satu intentó desconectar los timbres de la planta (y otros sucesos paranormales)

*Hoy quiero confesarme.*

*Hoy que me sobra tiempo.*

*Voy a contaros a todas lo que sucedió.*

Como si yo fuera Isabel Pantoja y vosotras mis Paquirrines, pero mucho más guapas y sin tanto pelo, por supuesto. Vale, está bien, y con más gusto musical.

*Hoy quiero confesar que estoy sobrepasada.*

*Pa' matar los rumores y quitarme la espina.*

Existe un tema en el mundo de la enfermería que es casi tabú. Un aspecto que ninguna enfermera confesaría jamás en público. Ni siquiera es una problemática que se aborde como debería en los congresos de la profesión, por si hay alguna supervisora infiltrada entre los asistentes. Es únicamente en los círculos más íntimos de los hospitales, al creernos solas y a salvo en la salita de enfermería o en los vestuarios, cuando alguna de nosotras saca el tema y se hace el consenso. Y hoy, aquí en la intimidad de estas páginas, lo

quiero confesar.

Por supuesto, si alguien me lo pregunta mañana negaré que lo he dicho, pero hoy no: las enfermeras odiamos los timbres. Todas, sin excepción. «¿Y las auxiliares?» Las que más. Y la que diga lo contrario es porque tiene delante a la supervisora o a un paciente. «¿Y el timbre de casa?» Ese también.

¡Es que los del hospital no tienen bonito ni el sonido! Estás tú tranquilamente en el control de enfermería, actualizando los planes de cuidados, pidiendo a Farmacia las pastillas que no te han enviado, llamando al médico para ver cuándo va a venir a ver a sus pacientes, o cotilleando las fotos de Facebook en las que está etiquetado tu ex... y a un paciente se le ocurre la idea de pulsar el timbre, ¡y del susto que te pega se te saltan los zuecos! Y claro, entre que los localizas, los pones del derecho porque siempre caen girados, como las tostadas, e intentas ponértelos de nuevo correctamente... pues al final va a atenderlo tu compañera. Que no es que tú no quieras ir cuando suena el timbre o que no te preocupe qué le pueda estar sucediendo a ese paciente. Es por los zuecos, que no es plan entrar despeinada y descalza a la habitación, o con ellos en la mano como si fueran las seis de la mañana y salieses de la boda de una amiga (aunque os aseguro que hay turnos de noche más demoledores que una boda de doce horas estrenando tacones).

Porque entrar en una habitación donde han pulsado el timbre es siempre una gran incertidumbre, nada ni nadie es capaz de adivinar qué ha llevado a un paciente a requerir tu presencia, pero esto es mucho peor cuando han timbrado en una habitación que no llevas tú y no conoces ni el nombre del paciente.

—Hola, ¿quién de los dos ha llamado?

—Yo.

—Dígame.

—Es por aquello, me lo podéis traer cuando queráis.

«Aquello...» Pues como no sepa mi compañera a qué se refiere... Al menos esta vez no ha timbrado para que le cambie el canal de la tele o para pedirme un cargador de teléfono móvil, otro de los motivos demasiado habituales.

Aunque, sin duda, en mi historial de personas que creen que la «H» de la entrada es de Hotel y no de Hospital, y que la pulsera en la muñeca con sus datos es como llevar la del «todo incluido», el récord absoluto lo ostenta una mujer de sesenta años que, sin dudarlo, pulsó el timbre a la una de la madrugada. Y fue para pedirme que le apagase la tele, la arropase, llenase el vaso de la mesilla con agua de la jarra y guardase sus gafas de ver en la funda... mientras, a menos de dos metros, su marido leía plácidamente un diario deportivo tumbado en el sillón. Oír de su boca las frases: «No lo voy a molestar a él» y «Además, para servirme ya estáis vosotras», fue todo lo que necesité para volver sobre mis pasos diciendo: «No se preocupe, en cuanto termine de recoger algodón en el campo vuelvo sin demora». A día de hoy desconozco si ese televisor sigue encendido.

Los timbres de los hospitales, además de tener un sonido muy desagradable, están rodeados por un halo de misterio como muchas de las cosas que allí suceden. Prueba de ello son esas veces que suena uno, recorres media planta, entras en la habitación... y te miran extrañados cuando preguntas: «¿Cuál de los dos ha llamado?», porque aseguran que ninguno lo ha hecho. Yo siempre les digo que sería sor Francisca, y les cuento la leyenda de las apariciones del espíritu de la enfermera monja que conocen todos los residentes del hospital. Aunque, curiosamente, casi siempre uno de los dos pacientes suelta lo de «Pero ya que estás aquí...», y te pide algo.

Si destapamos la caja de lo misterioso en cuanto a timbres que suenan solos, el premio gordo se lo llevan sin duda alguna los que suenan de

madrugada... Pero no en habitaciones donde hay un paciente con insomnio, no... ¡¡En habitaciones donde no hay nadie ingresado!! Sí, habéis entendido bien: en aquellas en las que, en teoría, no hay pacientes.

Paraos a pensarlo un momento... Voy a ponerlos en situación, por si sois de las que sólo hacen turnos de mañana o en vuestras plantas no hay timbres porque habéis encontrado el botón para desconectarlos: Cinco de la madrugada, planta de Cardiología. El pasillo de la unidad prácticamente a oscuras, iluminado únicamente por la luz que sale del almacén de los sueros. En el control de enfermería e iluminadas por un flexo, Chusa, Paula y yo a punto de caer dormidas, con las sillas juntas para apoyarnos las unas en las otras, y mirando la pantalla donde vemos los electrocardiogramas de todos los pacientes. Suena un timbre.

—Llaman de la 317. Chusa, ¿llevas tú esa habitación?

—Eeehhh... No, yo no... Yo, esto... creo que llevo hasta la 316.

—Niñas, es que yo juraría que en esa habitación no hay nadie ingresado — dice Paula.

En ese momento nos miramos las tres fijamente mientras nos levantábamos de un salto... pero no para echar a suertes quién de nosotras acudiría a la llamada, sino para ir las tres juntas porque nada une más que un timbre que suena de madrugada en una habitación vacía. A mí me tocó ir delante iluminando con la linterna del iPhone, supongo que por eso de que tenía contrato de eventual y el seguro pagaba menos por mí si me pasaba algo, mientras Chusa iba la última con un palo de gotero en la mano. Creo que su intención era golpear con él al espíritu que había pulsado el timbre, y a lo mejor el señor fantasma solamente había llamado porque se le quedaban los pies fríos. Nada asusta más que un suceso así en mitad de la noche, ni siquiera la visita inesperada de la supervisora de guardia o los ruidos del tubo neumático. Exceptuando, claro, el caso del ascensor de la planta de Medicina

Interna, que todas las noches a las cuatro en punto de la madrugada se para en la planta, se abren las puertas, se vuelven a cerrar y baja hasta Urgencias. Dicen que es el espíritu de sor Francisca, que sale a echar un pitillito.

Pero no os creáis que todos los sucesos paranormales o poco normales tienen lugar en los turnos de noche, para nada. A mí en concreto me reconcome uno que se manifiesta a cualquier hora del día o de la noche y en cualquier hospital, y que tiene que ver con los sueros. Ya os adelanto que no se trata de la leyenda de una señora que falleció tras sufrir una embolia gaseosa, todo porque el suero salino que le estaban administrando tenía una burbujita de aire y entró. No. Concretamente este tiene que ver con el sitio por donde entran los sueros: las vías.

Es un misterio de la sanidad poco estudiado, y que provoca más de una llamada al timbre porque «les molesta la aguja» (que no llevan) o porque «se les ha caído». Y es que la fuerza de la gravedad parece no afectar por igual a todos los elementos del hospital. Tiene especial predilección por las vías venosas, y ello provoca que tire con fuerza hacia el suelo de cada catéter que ve.

«Se ha caído sola» es una de las excusas más habituales cada vez que un paciente se arranca una vía, perdón, cada vez que a un paciente «se le cae» una vía.

—Antonio, vengo a ponerle el antibiótico. ¿Dónde tiene la vía?

—Estaba en este brazo, pero se ha caído.

—¿Otra vez!? Pero, hombre, encima con las malas venas que tiene...

—No, pero la he guardado, la tengo aquí metida en el vaso. Toma.

Y te la entrega, cuidadosamente envuelta en un pañuelo de papel, como si fuesen unas piedras del riñón o un diente de leche, con la esperanza de que la

puedas volver a utilizar para algo.

—A ver, Antonio, déjeme el brazo, que tengo que volver a pincharlo para ponerle otra.

—Pero, hija, si te la he guardado. ¡Está limpia, eh! Métela por aquí, por este agujero es por donde estaba introducida. Yo... por el pulso, que ya me falla, y que no veo bien de cerca, que si no...

Pero ya que estamos de confesiones y sucesos paranormales, os contaré que el récord de mejor respuesta en lo relativo a vías lo tiene un paciente que tuve ingresado hace años:

—¿Se ha quitado la vía?

—Ah, pero ¿tenía que dormir con ella?

Todavía sonrío recordando la anécdota. Al menos este buen hombre reconoció que se la había arrancado él mismo.

Pues nada, ahora que ya he confesado, os dejo un ratito, que son las doce de la noche y voy a empezar a repartir la medicación a ritmo de Isabel Pantoja mientras voy apagando las luces. A ver si hoy no se nos aparece sor Francisca.

*Hoy quiero confesar que estoy muy estresada.*

*Y encima empujar este carro que pesa tanto.*

*Que perdí en la planta taantas cosas.*

*Y que quiero trabajar, más de una vez al añoooo.*

# SOLILOQUIO

De cuando Satu despertó del sueño de verano

Allá por los ochenta, siendo yo todavía una niña, en Televisión Española casi todos los veranos programaban la reposición de *Verano azul*. Una mítica serie de diecinueve episodios que narra las aventuras de un grupo de chavales, en una localidad indeterminada de la Costa del Sol, durante las vacaciones de verano.

El reparto original de aquella serie nos dejó incluso a dos técnicos en Cuidados Auxiliares de Enfermería, Bea y Desi, las chicas de la pandilla, que años después cambiarían los platós de televisión por los pasillos de un hospital madrileño, para participar en la película que en ocasiones es la vida.

El final de la temporada de las piscinas, los bañadores, los helados y los castillos en la arena iba siempre ligado al último episodio de esta serie, y por tanto a la canción de despedida del Dúo Dinámico:

*El final... del verano... llegó  
y tú partirás...  
yo no sé, hasta cuándo...*

Dicen que las cosas que vivimos de pequeños nos marcan ya para siempre,

y se ve que a mí los conceptos «final del verano» y «despedida» se me han quedado muy dentro. Porque desde que comencé la vida adulta, es llegar septiembre y despedirme de la planta y del contrato de verano. ¿Hasta cuándo? Pues hasta que el caprichoso cosmos vuelva a alinear los planetas a finales de año, y me llamen de la bolsa para Navidad, o hasta que una enfermera caiga enferma y la gerencia, que a menudo es igual de caprichosa que el destino, decida sustituirla en un alarde de generosidad.

En esta época del año despierto del sueño que ha sido el verano, y siempre me invade la tristeza por dejar atrás a las que han sido mis compañeras durante unos meses. Aunque, siendo sincera, no siempre ha sido así. Recuerdo perfectamente el verano de hace cinco años y el destino horrible que me tocó, pero también recuerdo que hice una bonita peineta cuando, en septiembre, crucé por última vez la puerta de salida. ¡Qué a gusto se queda una haciendo estas cosas de vez en cuando, chica! Fue la primera y única vez que deseé que terminase mi contrato cuanto antes, no me habían tratado peor en mi vida.

Pero este verano ha sido muy diferente, y es gracias a las compañeras con las que he tenido la suerte de trabajar. Puri, Marga, Susi, Dolo... ellas han hecho que desde el primer día me sintiese parte del equipo, una más en la planta, y eso no hay nada que lo pague. Me dieron su confianza sin haberme visto trabajar nunca antes, y eso me dio fuerzas para ser valiente y salir adelante, a pesar de que los primeros días estaba más perdida que un camaleón en Desigual.

Una vez alguien me dijo que al hospital íbamos a trabajar y no a hacer amigos, y puede que sea cierto, pero os aseguro que cuando haces amigos en el trabajo todo es diferente. Y aunque puede que pasen meses o años hasta que vuelva a Cardiología, o incluso que no vuelva nunca, siempre las recordaré por cómo me hicieron sentir.



Es el momento de vaciar la taquilla y volver a mi apartamento de Malasaña, a vivir nuevas aventuras en el barrio con las vecinas residentes, mis tres Marías, y a desempolvar por enésima vez los apuntes de las oposiciones por si las convocan. Aprovecharé, cómo no, para subir a A Coruña y hacer una visita a la familia y a las amigas, ponernos al día con unas tapas y unas Estrella Galicia de por medio, y regresar a casa caminando junto al mar, saludando a las gaviotas en la playa de Riazor. No hay nada como volver a un lugar que apenas ha cambiado para darte cuenta de todo lo que has cambiado tú.

Ahora, echando la vista atrás, me doy cuenta de que me hice mujer en los pasillos de un hospital. Con veinte años conseguí mi título de enfermera, y para entonces había visto morir frente a mí a más personas que la mayoría de la gente en toda su vida. En dos años de prácticas, mis compañeras y yo habíamos sido testigos de situaciones realmente dramáticas, pero lo peor es que nadie nos había preparado para ello. Porque a los sanitarios nadie nos prepara para sobrellevar el dolor ajeno, ni para trabajar con la muerte cara a cara.

Y así fue como aprendí a sonreír, llorando. Y decidí que iba a llevar mi sonrisa a las habitaciones de los hospitales donde trabajase. Porque, por extraño que pueda resultar, compartir un momento de dolor con otro ser humano a través del humor resulta muy hermoso, y a veces con amoxicilina no basta, el cuerpo se cura pero el alma sigue rota. La risa nos acerca a las personas, y a los pacientes los hace emocionalmente fuertes y libres para decidir cómo afrontar su dolor.

Hoy de nuevo toca, como cada mes de septiembre, despertar del sueño del contrato de verano y cerrar otro capítulo de mi vida. Pero lo cierro sonriendo y sin agobios por lo que vendrá, porque con el paso de los años he aprendido que el mundo es mejor saborearlo que comérselo. Quién sabe lo que me

deparará el futuro, dónde viviré o con quién me cruzaré. Porque la vida también son todas esas personas buenas que te permiten que las acompañes durante un tiempo. Esas que algunos piensan que, de buenas, parecen tontas. Si crees eso, es que no te las mereces, porque las personas buenas no son tontas, son maravillosas y hacen de tu vida pura magia. Son esas que, aun cuando no están, siguen iluminando... y al pensar en ellas se te escapa una sonrisa.

¡Buenas noches, Nightingales!

# APÉNDICES

¿Qué clase de nube[1] serías?

Pasan los años, miles de contratos, cientos de llamadas de la mujer de la bolsa, decenas de oposiciones en varias comunidades autónomas... ¡¡y finalmente dicen que un día consigues la plaza!! ¡¡Pero siguen pasando más años y no sabes ni cómo, pero un día te conviertes en supervisora...!!

## **Sométete al minitest de Satu y adivina qué clase de nube serás.**

1. Una sustituta recién llegada a la unidad entra en tu despacho y te dice que necesita librar este sábado de tarde por un motivo personal de última hora... ¿Qué haces?

a) Intento localizar a alguien de la planta que cubra ese turno, lo comento en el grupo de WhatsApp de la planta y llamo a alguna por teléfono.

b) ¡Habrás visto! ¡Un motivo personal! Cuando yo empecé no pedía nada, daba gracias por tener un contrato.

c) Hablo con las que están en ese momento de turno a ver si pueden.

2. Tras pasar visita, un médico le dice a una enfermera de tu unidad que cambie una vía venosa sin motivo y saltándose el criterio de la compañera. Ella va a tu despacho y te comenta lo que le ha sucedido.

a) Valoras la situación, contrastas las versiones y le dices al médico que el cuidado de los accesos venosos es función enfermera y que tampoco ves oportuno pinchar de nuevo al paciente.

b) Se acata la orden médica y punto. Al señor doctor no se le cuestiona nunca. ¡Dónde vamos a parar!

c) Comprendes que es función enfermera y se lo dices a la enfermera, pero en ese momento no consideras oportuno salir del despacho a apoyarla... quizás en otra ocasión.

3. Es una mañana caótica de viernes en la planta: muchas altas, algunos ingresos, cambios de tratamiento, curas eternas, los pacientes no paran de subir y bajar a hacerse pruebas... Las enfermeras no dan más y te piden un refuerzo... ¿qué haces?

a) Coges el par de guantes que llevas en el bolsillo de la bata y sin dudarlo te pones a ayudar con las curas mientras llamas a dirección para que manden a una enfermera de refuerzo lo antes posible.

b) ¿Un refuerzo? De eso nada, lo que hay que hacer es priorizar. Menos mal que hoy es viernes y a las dos me marchó.

c) Preguntas qué queda por hacer y vas ayudando a las compañeras con alguna cosa, pero no llamas para pedir refuerzo de enfermera.

4. Es el primer día de prácticas de las alumnas del Grado de Enfermería, y hoy llegan tres a tu planta.

a) Las vas a recibir a la entrada de la unidad, les enseñas el método de trabajo y la distribución de la unidad para que se sientan seguras y tranquilas, y les presentas al personal.

b) Menos mal que empiezan, a ver si así las enfermeras dejan de pedir más personal.

c) Les dices a las enfermeras que les vayan enseñando la unidad y les das el libro de protocolos a las alumnas para que lo lean.

5. Han terminado el período de prácticas y llega el momento de evaluar a las alumnas. ¿Qué haces?

a) Hablas con las enfermeras que han estado con ellas y las evalúas una a una en función de lo que has observado y de lo que te cuentan.

b) ¿Evaluar otra vez? Un 9 a todas y a la bajita de gafas que trajo bizcocho le pongo un 10.

c) Preguntas a las que están de turno y pones la nota que te digan.

**¡¡Y aquí los resultados!!**

Y sí, como casi siempre en las preguntas de las

Mayoría de C: NUBE  
Quizás te gustaría se «Nube de algodón», pero no te atreves por riesgo a perder el cargo. Al fin y al cabo, el de supervisora no es mal pues- to y hacer sólo mañanas te viene muy bien por los niños.

© oposiciones, las más largas son las correctas

Mayoría de A: NUBE DE ALGODÓN

Todavía recuerdas lo que es trabajar en pijama y zuecos aunque ya lleves bata, y se nota en tu empatía con las compañeras y en tus ganas de que la unidad funcione bien. ¡Enhorabuena! Pero cuidado, hay gente dispuesta a aprove- charse de ello.

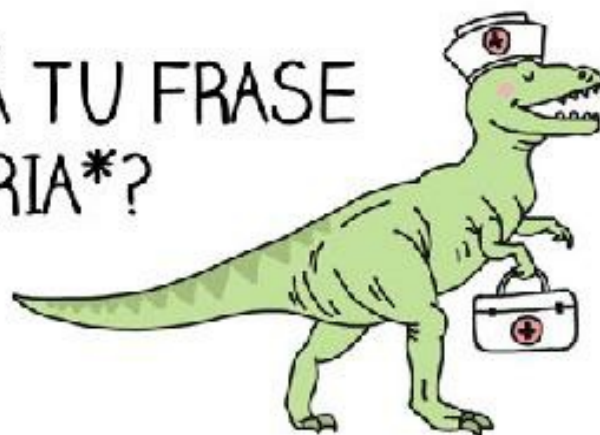
Mayoría de B: NUBARRÓN

Aunque la bata y la carpeta te impidan recor- dar, tú también eres enfermera y puedes echar una mano para que la unidad funcione bien (o incluso ponerte guantes y ayudar a sacar el tra- bajo adelante). Estar por encima del bien y del mal sólo empuja el ambiente de trabajo, y los pacientes lo notan. Pero no todo está perdido, alguna todavía te tiene cariño porque te acuer- da de antes de ser supervisora... no hagas que lo pierda.



¿CUÁL SERÁ TU FRASE  
DE DUESAURIA\*?

\*la enfermera más  
veterana de la unidad



## ¿ ELIGE EL MES EN QUE NACISTE:

**ENERO** - Las supervisoras

**FEBRERO** - Las de dirección

**MARZO** - Las de los sindicatos

**ABRIL** - Las de prácticas

**MAYO** - Las sustitutas de verano

**JUNIO** - Las auxiliares

**JULIO** - Las de la escuela de enfermería

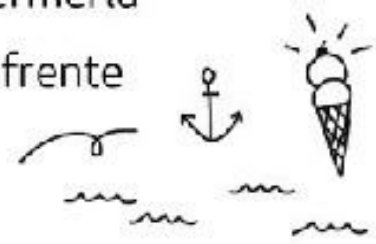
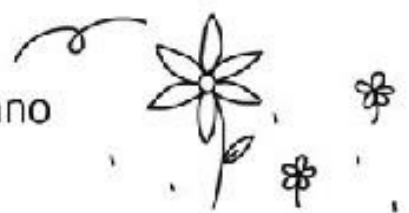
**AGOSTO** - Las de la planta de enfrente

**SEPTIEMBRE** - Las de primaria

**OCTUBRE** - Los pacientes

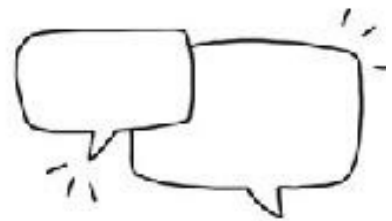
**NOVIEMBRE** - Las del Colegio de Enfermería

**DICIEMBRE** - Los médicos



## B/ ELIGE EL DÍA EN QUE NACISTE:

- 1- No respetan nada
- 2- Van a privatizar todo
- 3- Viven muy bien
- 4- Se quieren cargar la sanidad
- 5- Vienen queriendo cambiar todo
- 6- No tienen ni idea de cómo funciona esto
- 7- No van a los timbres
- 8- No tienen interés
- 9- Tienen muchos intereses ocultos
- 10- Son una mafia
- 11- No pagan el café pero lo toman igual
- 12- Tienen malas venas
- 13- No sirven para nada
- 14- Siempre tienen enchufe con alguien
- 15- Tienen más vacaciones
- 16- Se tapan entre ell@s



- 17- No me pueden ver delante
- 18- Siempre llegan tarde
- 19- Tienen mucha suerte
- 20- No saben con quién están hablando
- 21- Te lo hacen a ti porque eres nueva, conmigo no se atreven
- 22- Nos comen los bombones de la planta
- 23- Me tienen quemada
- 24- No saben lo que es bueno
- 25- Son muy suy@s
- 26- L@s quería ver yo así
- 27- Les explicaba yo cuatro cosas
- 28- A ver qué hacen cuando me jubile
- 29- Son tod@s iguales
- 30- No hacen nada por nosotras
- 31- Ayudan a hundir esto



LOS ÚLTIMOS DOS DÍGITOS  
DE TU NÚMERO DE TELÉFONO...  
DIRÁN LO QUE NECESITAS  
PARA SER FELIZ



Tienes que exponer tu Trabajo de Fin de Grado... el día ha llegado...  
¡pero te acabas de quedar en blanco! ¡Aaaah! ¡¡No fibriles!!

Satu tiene la solución...

Comienza por cualquier casilla de la primera columna y avanza eligiendo cualquiera de las siguientes columnas. Repite el proceso tantas veces como desees hasta que el tribunal se quede dormido... ¡y disfruta de tu aprobado!

1º

Para la enfermería de  
tiempos pretéritos

Del mismo modo

Llegados a este punto, cabe  
añadir que

Si tenemos en cuenta todo  
lo destacado previamente

Teniendo presentes a las nuevas  
realidades existenciales

Ello implica que

2º

La realidad social  
existente

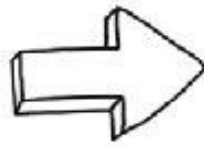
El aspecto humano

El análisis realizado

La organización  
multidisciplinar

El aspecto ético-legal  
de nuestra profesión

El empoderamiento  
de los pacientes



3°

Permite defender unos estándares mínimos

Optimiza siempre los resultados

Garantiza una adecuada gestión

Nos obliga a una búsqueda

Define la gestión que hacemos

Surge de una tendencia global en la planificación

4°

Con el fin de evitar duplicidades

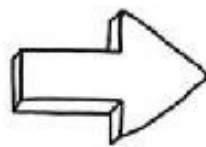
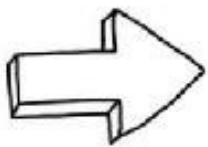
De los recursos disponibles

De la excelencia enfermera

De la concepción del paciente integrado en el sistema

Del modelo de desarrollo y sus líneas estratégicas

De la denominada plataforma de cuidados





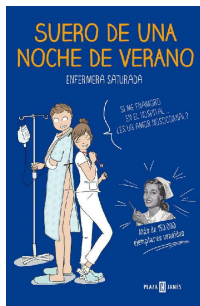
A toda la AM-747 de Pontevedra, gracias por haber sido mi planta de Cardiología.

OTROS LIBROS DE  
LA ENFERMERA SATURADA



**Satu, la Enfermera Saturada, la Florence Nightingale de las redes sociales, vuelve a la carga con un libro más ilustrado y colorido que nunca.**

**¿Habrá conseguido la plaza fija o habrá encontrado el amor? O, mejor aún... ¿tendrá ya taquilla propia?**



¿Cansada de los interminables turnos de noche? ¿Tu supervisora no paga el bote del café y desayuna tres veces? ¿No soportas a esa compañera que se esconde en el baño cuando timbra el paciente aislado? ¿Tu tutora te manda tomar tensiones con el manguito que no pega?

No sufráis más!

¡La Florence Nightingale de las redes sociales ha vuelto a ponerse el pijama!

Este libro no os sacará de hacer noches, pero al menos hará que las hagáis con una gran sonrisa.

Bienvenidas de nuevo al mundo de la enfermería con humor, bienvenidas al mundo de Enfermera Saturada.

**«Pirámide de Maslow de los pacientes ingresados**

¿Tengo tensión?

Me molesta la vía.

Conozco a una enfermera que trabaja en este hospital (es bajita, morena...).

Creo que hay aire en el suero.

Llevo 4 días sin cagar (y me acuerdo a las 4:00 a.m.).

### **Pirámide de Maslow de los acompañantes/visitas**

Mi madre lleva 4 días sin cagar.

¿Cómo funciona la tele?

¿Está en esta planta Pepe el de Lucita? Lo ingresaron ayer...

¿No le vais a traer nada de comer?

¿A qué hora pasa el médico?

«Un libro muy bueno.»

Paco. 74. Se arranca la vía y dice que se le ha caído.

«Yo vengo al hospital para ver si me encuentro a la Enfermera Saturada.»

Rosa. 37. Viene por vómitos a Urgencias y pregunta si puede comer.

«Esta enfermera es de lo mejorcito. Mire, mire qué suero me ha puesto, ¡ni una burbuja de aire!»

María Luisa. 56. Vive con miedo a que una burbuja le quite la vida.

«Me he reído tanto con el libro que se me ha escapado un poco de pis.»

Carmen. 94. Más años que saturación de oxígeno.

**Enfermera Saturada** se define como una enfermera española que busca hacerse un hueco en la sanidad. Empieza los turnos en planta, baja a la UCI, sube a prematuros y termina en urgencias. Esta enfermera se maneja como pocas en las redes sociales, desde donde a diario decenas de miles de personas ven cómo repasa, con humor y descaro, la actualidad de su hospital y la de cualquier hospital de España.

Edición en formato digital: noviembre de 2017

© 2017, Héctor Castiñeira López

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Clarilou (Clara Lousa), por las ilustraciones interiores

© Renata Ortega, LaRanaBcn, por las ilustraciones del apéndice

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Gemma Martínez

Ilustración de portada: © Clarilou (Clara Lousa)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02029-2

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

[1] Supervisora.



# Índice

Suero de una noche de verano

PRIMER ACTO. De cuando Satu quiso empadronarse en el hospital

SEGUNDO ACTO. De cuando Satu y sus compañeras se fueron de congreso

TERCER ACTO. De cuando Satu descubrió el tubo neumático

ENTREACTO. De cuando Satu conoció a sus nuevas vecinas

CUARTO ACTO. De cuando Satu intentó desconectar los timbres de la planta (y otros sucesos paranormales)

SOLILOQUIO. De cuando Satu despertó del sueño de verano

Apéndices

Agradecimientos

Otros libros de la Enfermera Saturada

Sobre este libro

Sobre Enfermera Saturada

Créditos

Nota